

sobre la verdad de la noticia. Entretanto Cortes, favorecido de la oscuridad de la noche, llegó sin ser sentido a Zempoala, y se internó sin obstaculo hasta ponerse al frente de los puestos enemigos. La fortuna le fué tambien propicia en evitar el riesgo de encontrarse con la avanzada de Narvaez que patrullaba en el campo, incidente que podria haber desconcertado del todo sus medidas. Cortes conoció por los movimientos que se observaron en el adoratorio, pue se sabia o a lo menos se habia sospechado su marcha; y temeroso de perder tiempo o empeorar su situacion mandó atacar en el acto. Sandoval empezó a subir las gradas, mas a poco fué sentido por los artilleros que se hallaban en la parte superior y dispararon sobre el los cañones. Entonces todos acudieron en peloton a la defensa y cargaron sobre la vanguardia con tanto denuedo, que fué necesario el auxilio del centro que mandaba Olid; con este y con la presencia de Cortes, que se metio en medió del combate para animar a sus soldados, se logró por fin apoderarse de las gradas y poner en fuga a los que las defendian. Mas esta ventaja no fué decisiva por haberse renovado el combate a las puertas de la torre principal del adoratorio, y el resultado habria sido muy dudoso si un soldado no hubiese derribado en tierra a Narvaez con un bote de lanza que le sacó un ojo y lo hizo gritar que lo habian muerto. Esta voz, que se es-

tendió rapidamente , al paso que desalentó a los unos animó a los otros. Entonces las tropas de Cortes proclamaron victoria, y su general al mismo tiempo de hacer cesar el combate ofreció perdonar a los que se rindiesen; mas temiendo todavia alguna resistencia, hizo colocar en bateria los cañones contra las puertas de las torres a que se habian refugiado. Temiendo que la llegada del dia les hiciese ver a los vencidos las cortas fuerzas con que se habia triunfado de ellos, no se les permitió deliberar pero se les acordó cuanto pidieron y rindieron las armas despues de alguna debil resistencia que oponian los capitanes Velasquez y Salvatierra incapaces de hacer traicion al gobernador de Cuba. La caballeria era la unica que quedaba en estado de dar algun cuidado ; pero al amanecer se sometió al vencedor tomando partido con el, y no quedó ya cuerpo ninguno en estado hostil que pudiese inspirar temor. Tan completa victoria se logró casi sin perdida : dos muertos por parte de Cortes y diez y siete por la de Narvaez con algunos heridos de poca consideracion dejaron , se puede decir, intacto el numero de las tropas de ambos partidos, formando todas ellas en lo sucesivo un solo ejercito a las ordenes del vencedor, que supo atraerse a los que antes eran sus enemigos con actos de generosidad y confianza, devolviendoles las armas, y con las lisonjeras esperanzas de tener parte en su fortuna con

las mismas condiciones que sus antiguos soldados.

Así es como el ejército de Cortes se reizo de nuevo por los medios destinados a acabar con él, y se puso en estado de llevar adelante una conquista, que sin tan oportuno aumento de fuerzas habría sido irrealizable. Las circunstancias le ayudaron mucho para vencer a su enemigo y apoderarse de sus fuerzas; pero en esta empresa como en todas las que estuvieron a su dirección, el buen éxito fué debido primeramente a su talento para combinar las disposiciones y ocurrencias fortuitas de que un hombre ordinario no habría podido aprovecharse ni sacar un partido ventajoso. Su ejército, después del suceso, escedía de mil hombres; y pudo ya contar con una armada que empezó a ser de muchísima utilidad e importancia desde que cesó el temor de la deserción y los motivos que obligaron a destruir la primera. Mas aunque determinó conservarla, fué tomando la precaución de cambiar la tripulación y sacar a tierra la jarcia, velas y timones de los buques a fin de que a nadie ocurriese la tentación de hacer de ellos un uso poco ventajoso a sus designios.

Mientras Cortes se hallaba ocupado de la expedición contra Narvaez, los Mejicanos apresuraban las disposiciones que debían ponerlos en estado de desacerse de los Españoles que se hallaban en Me-

jico, y libertar a su rey. Estos pasos no eran desconocidos a Alvarado, pues además de las noticias positivas que de ellos tenía, se lo confirmaban bastante claramente la frialdad de los Mejicanos y la reserva que con él guardaban. Pero este capitán en nada menos pensó que en desbaratar con destreza los designios de sus contrarios y ganar tiempo como lo había hecho Cortes, sino que quiso hacer uso de las medidas de rigor y severidad, sin salvar siquiera las apariencias de agresor. Así es que con suma imprudencia empuñó un lance que habría causado la ruina de toda la guarnición, si la fortuna no hubiese hecho que Cortes, contra toda esperanza, hubiese concluido la campaña contra Narvaez en una sola acción.

Se acercaba una festividad religiosa, en la que los Mejicanos debían reunirse y concurrir los nobles adornados de todas sus joyas al atrio del templo mayor. Alvarado se dispuso para caer sobre ellos y lo hizo en el momento en que menos prevenidos estaban, es decir cuando entregados a la alegría que producen estas escenas de diversión, se hallaban menos capaces de defenderse. La dispersión fué pronta, la matanza excesiva y el despojo considerable; pero los resultados fueron los más funestos, y se dejaron sentir inmediatamente. Los Mejicanos vivamente resentidos de la perfidia, crueldad y avaricia del jefe de la guarnición se re-

solvieron a arrostrar con el peligro, y animados de la venganza rompieron la guerra contra los Españoles empezando por reducir a pavesas los bergantines que dominaban la laguna, y atacando despues con el mas grande furor el cuartel de sus agresores. Alvarado logró proporcionarse medios de escribir a Cortes, comunicandole el apuro en que se hallaba, avisandole que muchos Españoles eran muertos, que los almacenes habian sido incendiados, y que aunque todavia se oponia resistencia, se hallaban en visperas de perecer de hambre o sucumbir a la multitud de los Mejicanos y de sus constantes y repetidos ataques.

Penetrado Cortes de la urgencia del caso no detuvo su marcha sino los momentos precisos para disponeria, y cuando todo estuvo listo se puso en camino llevandose al paso por Tlascala dos mil soldados de esta republica. Al pisar el territorio del imperio conoció que el resentimiento contra los Españoles no era solo de la capital, pues los lugares del transito se hallaban enteramente abandonados de los habitantes y desprovistos de viveres. Nada se opuso a la entrada de Cortes en Mejico, pero nadie se presentó tampoco a cumplimentarlo como era de costumbre entre ellos con menos motivo que una victoria tan señalada cual la que se habia obtenido. Alvarado y sus compañeros respiraron con su llegada prometiendose todo de la prudencia y valor

del general así como del aumento considerable que habia recibido su ejercito. Sin embargo muy pronto empezaron a conocer toda la estension y gravedad del peligro. Las ventajas que Cortes habia adquirido y la constante fortuna que hasta entonces habia coronado sus empresas le hicieron perder su genial circunspeccion, y predominado por una vanidad que le hace muy poco honor, llegó a tenerse por invencible. Moctezuma fué uno de los primeros que sufrieron los efectos de su orgullo mal reprimido, pues no solo fué recibido con frialdad sino tratado con aspereza, conducta que advertida por algunos de sus familiares se supo inmediatamente en la ciudad y acabó de determinar a los Mejicanos a hacer el ultimo esfuerzo para destruir el ejercito español, y procurar la libertad de su patria y de su principe.

Parece muy probable que desde que se acordó definitivamente la guerra por los principales miembros y subditos del imperio, el plan fué hacerla dentro de Mejico cargando sucesivamente sobre el cuartel de los Españoles las fuerzas todas de la nacion. Las ventajas de este proyecto eran tan visibles que no podian ocultarse a los Mejicanos aun cuando se les suponga muy estolidos, pues solo teniendo encerrado el ejercito se le podria atacar cuando se quisiera y hubiese oportunidad para hacerlo, cortarle el agua y viveres y usar a discrecion

todos los medios de destruirlo, y aun este acaso fué el motivo por que no se puso obstaculo a la entrada de Cortes; nada de lo cual se podria hacer si se hallase fuera y en estado de elejir y determinar por si mismo sus movimientos. Como quiera que sea, en los primeros dias que este general ocupó segunda vez a Mejico se rompió abiertamente la guerra, y ya no hubo descanso para los Españoles hasta la victoria que alcanzaron en Otumba.

La incomunicacion en que se hallaba Cortes, y el deseo de salir de ella, le obligaron a despachar por la ciudad una partida que procurase atraer a algunos de los habitantes para saber sus designios; pero temiendo por otra parte que fuese sorprendida, la puso al mando del capitan Diego de Ordaz, y la aumentó hasta cuatrocientos hombres. Esta partida empezó a recorrer las calles de la ciudad y a poco andar encontró otra mejicana en estado hostil, pero de poca fuerza, que empezó a retirarse como si hubiese sido sorprendida. Ordaz se empeñó en seguirla con el objeto de hacer algunos prisioneros que diesen noticia del estado de las cosas, mas cuando volvió sobre sí se halló por todas partes cortado; su frente y su retaguardia se hallaban envueltos de numerosas fuerzas enemigas, y de las azoteas llovian, sin cesar, piedras y flechas que lo oprimian por todas partes. Ordaz logró á costa de mucho trabajo abrirse camino, pero no sin granperdida, pues

perecieron ocho Españoles, y el con todos los suyos quedaron heridos mas o menos gravemente.

Cortes entró en grandes temores cuando vió los tristes resultados de esta victoria, y creyó que podría escarmentar a los habitantes de la ciudad por una salida que, como la de Cholula, causase grandes destrozos en hombres y edificios. Mas antes de ejecutarla le previnieron los Mejicanos, pues apenas habia llegado Diego de Ordaz cuando cayeron sobre el cuartel con una decision y furor hasta entonces desconocidos. Se empezó a jugar sobre ellos la artilleria que se los llevaba a centenares; pero sin que les hiciese la menor impresion la vista de sus perdidas, reemplazaban estas con gentes de refresco, que acercandose al muro procuraban escalarlo, romper las puertas y apoderarse de las ventanas. Los Españoles se hallaban oprimidos por el numero y decision de sus enemigos, y rendidos de fatiga no podian ya sostener las armas, cuando afortunadamente para ellos vino la noche a separar los combatientes. Entonces cesó el furor del ataque pero no las hostilidades, que continuaron sordamente. El cuartel fué incendiado por varios puntos, y hubo gran dificultad en apagar el fuego y mayor riesgo en hacerlo, pues para conseguirlo se hizo necesario abrir algunas brechas que debian despues cerrarse con el fin de que no facilitasen el paso al enemigo. Este que en la noche conoció las inmensas perdidas su-



fridas en el ataque del dia anterior no quiso repetirlo, pero provocó a los Españoles a que saliesen a medir sus fuerzas con ellos en las calles. Cortes, que ya lo tenia resuelto no se hizo esperar mucho tiempo, y despues de haber dejado en el cuartel la guarnicion suficiente, dividió sus fuerzas en tres trozos, dos de ellos para ocupar las calles del flanco y asegurar la retirada, y el tercero bajo sus ordenes para atacar lo que le hiciese resistencia por el frente. Estos cuerpos tenian instruccion para obrar de modo que llevasen siempre por delante al enemigo dirijiendose todos a la plaza principal donde debian reunirse. Dadas estas disposiciones empezó el combate : los Mejicanos se mantuvieron largo tiempo sin perder terreno, y tan cerrados que a muchos les era imposible el uso de las armas, se arrojaban con furor sobre las filas de los Españoles, y peleaban cuerpo a cuerpo con ellos pereciendo cuantos lo hacian; los claros causados en la multitud por la artilleria se cerraban inmediatamente, y el número de cadaveres que embarazaban el paso se aumentaba por momentos. Cuando por fin empezaron a ceder el puesto, lo hicieron no como quien huye sino como quien pretende trasladar a otra parte el combate, pues su retirada se hacia siempre dando el frente, disputando el paso de los puentes, rompiendo estos cuando no se podian sostener, y defendiendo obstinadamente la orilla opuesta. Los de las

alturas hacian tambien su oficio, arrojando sobre los Españoles cuanto podia incomodarlos; y como esta clase de enemigos se hallaban a cubierto tras de los pretilos sin que pudiesen recibir daño de las armas de fuego, se mandaron incendiar muchas casas del transito,

Todo esto pasaba al mismo tiempo en los diversos puntos en que peleaban, avanzando los tres cuerpos del ejército español, los cuales lograron por fin reunirse en la plaza mayor, y entonces cargaron sobre la multitud de los Mejicanos que tenian al frente, y los derrotaron completamente poniendolos en precipitada fuga. La acción duró hasta muy entrada la tarde, y Cortes viendo rendidas del cansancio sus tropas y temiendo el separarse mucho de su cuartel, resolvió retirarse y lo hizo sin oposición ninguna, decidido a volver a la carga el día siguiente. Esto no pudo verificarse por la necesidad de atender a los heridos que fueron muchos, y de procurarse alguna mas seguridad, pues perdió doce Españoles, y no podia ocultarsele que victorias obtenidas a tanta costa acabarían por destruirlo.

Tres días se pasaron en disponer la nueva salida; entretanto los enemigos, al frente del cuartel y en frecuentes aunque cortas escaramuzas, molestaban sin cesar, y aunque se propuso la paz por conducto de los familiares de Moctezuma, esta tentativa fué inútil. En estos días se construyeron tambien algu-

nos castillejos portátiles de madera, capaces de contener el número suficiente de hombres para escalar los edificios. La fuerza de los Mejicanos había aumentado considerablemente por el llamamiento de toda la gente de los lugares circunvecinos, y la ciudad se hallaba por todas partes erizada de trincheras y empalizadas, que se habían levantado a trechos para facilitar y hacer menos costosa la resistencia. Cuando ya por ambas partes se habían tomado todas las precauciones posibles y adelantado disposiciones conducentes para renovar con ventaja la pelea, se dió principio a esta por la salida del ejército de Cortes, compuesto de casi todos los Españoles, y de dos mil Tlascaltecas. Los Mejicanos se condujeron con el mismo valor, dando y recibiendo sus cargas con un orden y concierto que no habían tenido en la jornada precedente. Las máquinas de madera a muy poco quedaron enteramente inutilizadas, y los Españoles tuvieron que abandonarlas para atacar por el camino ordinario a sus enemigos que retirándose tras de los parapetos, y levantando los puentes de las acequias, embarazaban continuamente su marcha. La artillería estaba en continuo ejercicio, y aunque por su medio se abrían grandes brechas en los parapetos, el daño de los que los defendían, aunque grande, como era menor que el que se había padecido antes, lejos de desanimar alentaba a los Mejicanos. Así se pasó todo

el día en el ataque de puestos muy disputados, que cuando caian en poder del vencedor de nada podian servirle, por la necesidad de abandonarlos y de que quedasen a discrecion del enemigo que podia renovar en ellos la oposicion y defensa. El resultado de la salida de este día fué la destruccion de una gran parte de la ciudad, y una perdida asombrosa en el ejército mejicano; la del español no fué corta, algunos murieron, muchos salieron gravemente heridos. Cortes lo fué en una mano, y cuando la fogosidad y calor del combate que lo habian ocupado todo el día dieron lugar a la reflexion, conoció que los Mejicanos no podian como los de Cholula, ser amedrentados con derrotas, y que si las victorias que obtenia contra ellos se repetian, muy pronto se quedaria sin ejército.

No se resolvia a salir fuera de Mejico ni abandonar una ciudad cuya posesion le habia costado tanto; pero tampoco hallaba medio de mantenerse en ella; sobre todo, cuando pensaba en la retirada conocia la dificultad de hacerla, ya fuese abriendose camino con la punta de su espada o procurando-sela por las vias poco decorosas de una negociacion. En esta incertidumbre se hallaba cuando lo llamó Moctezuma: luego que Cortes se le presentó, lo reconvino por su tardanza en salir de la capital, atribuyendo a ella la sublevacion de sus subditos que le habia pronosticado cuando por la pri-

mera vez le habia pedido la efectuase : le hizo ver que lo que se queria era justo, pues la libertad del pais y del principe eran las primeras necesidades de una nacion : por ultimo llamó su atencion a que el credito é influjo de su persona para con sus vasallos , no podria ya en lo sucesivo ser útil a los Españoles si persistian en no salir de Mejico , pues que habiendo tomado las armas sin consultarle, no las depondrian aunque se los mandase, y de esta manera padeceria su autoridad sin que los Españoles pudiesen sacar de ella la menor ventaja. Bastante penetrado se hallaba Cortes de estas verdades para que pensase resistir a la voluntad de Moctezuma , así es que cuando por su propuesta se le presentó un medio tan inesperado para retirarse con decoro, lo abrazó inmediatamente y prometió salir de la ciudad luego que las hostilidades cesasen. Moctezuma que no esperaba hallar sino oposicion y se habia prevenido para combatirla con enerjia, se llenó de alborozo por la deferencia del general español y le prometió lo que pedia.

El negocio parecia concluido de una manera satisfactoria para ambas partes; pero el destino habia dispuesto las cosas de otro modo. Los Mejicanos emprendieron al dia siguiente el ataque del cuartel cuando Cortes arreglaba, en una conferencia con Moctezuma, el modo de retirarse. El acometimiento fué general, y la impetuosidad del ataque tan

grande, que los Españoles todos tuvieron que acudir a la defensa, y no eran ya bastantes a resistir el impulso de una masa compacta que se precipitaba sobre ellos a pesar del estrago de las armas de fuego, y los oprimia sin cesar por todas partes. Los apuros de los sitiados crecian por momentos, las puertas estaban para caer, y el cuartel empezaba a ser escalado por varios puntos. Moctezuma ofreció entonces salir a apaciguar sus vasallos, y se presentó en un lugar elevado en compañía de sus familiares, y adornado con todas las insignias de su dignidad. A su vista cesó el tumulto y entró todo en el mas profundo silencio : su discurso fué breve y escuchado con atencion : dijo estar muy reconocido por un movimiento que suponía no haber tenido otro objeto que el de ponerlo en libertad, disculpó los medios de que se habian valido en atencion a la importancia del fin : los alabó de un modo tan suave y ajeno de su orgullo, que desde luego indicaba el miedo de que se hallaba poseido : y concluyó poniendo en noticia de la multitud lo que habia acordado con el general español sobre la salida de su ejército.

Pero el emperador no era ya para los Mejicanos sino un prisionero envilecido y humillado, que por su cobardia habia sacrificado a unos aventureros la independenciam y esplendor de su dignidad y la libertad de su nacion. Sin duda debieron hacerse circular

anticipadamente estas consideraciones en un pueblo ya irritado, que solo se habia contenido por los primeros impulsos del habito de respetar a su monarca, pues apenas habia acabado de hablar este, cuando se difundió por la multitud un movimiento de indignacion general, que se esplicó primero por dieterios y despues por una lluvia de flechas y piedras contra su persona. Aunque los Españoles acudieron a cubrirlo con sus escudos no pudieron impedir que una piedra lo hiriese gravemente en la sien y lo derribase en tierra sin sentido. Cuando la multitud lo vió caer, aterrada de haber cometido un atentado sin ejemplo en los anales mejicanos, se dispersó en todas direcciones como por un impulso maquinal y quedó todo tan solo, que cuando los Españoles acudieron a continuar la defensa del cuartel se hallaron sin enemigos. Luego que Moctezuma volvió en si se entregó a todos los arrebatos del furor que en un rey soberbio acostumbrado a una sumision absoluta, produce el desacato de sus vasallos. No fué posible calmarlo ni se prestó a ser curado, rompió el vendaje, y victima de su herida a la par que de las mas violentas pasiones, murió al cabo de tres dias maldiciendo sus vasallos y clamando incessantemente por su castigo. Cortes envió el cadaver a los principales de la ciudad que le hicieron los honores funebres con toda la pompa y suntuosidad de estilo, y con muestras de dolor y sentimiento

poco compatibles con el suceso que le privó de la vida.

La muerte de Moctezuma dió en tierra con las debiles esperanzas que Cortes podia fundar en el, por ella se hizo ya imposible una retirada pacifica, que era lo mejor a que por entonces podian aspirar los Españoles, y los cuidados del general se aumentaron cuando las hostilidades, que habian cesado durante las exequias del difunto y la eleccion y posesion de su sucesor, se rompieron de nuevo sin dar respuesta a las proposiciones de paz, que mediante los familiares de Moctezuma, se habian hecho al nuevo gobierno. Cuitlauatzin, rey de Ystapalapa, que habia sido electo emperador, continuó el mismo plan de acabar con los Españoles, impidiendoles la salida y oprimiendolos con el numero. Asi es que se volvió al ataque del cuartel, aparecieron las calles llenas de guerreros y ocupadas militarmente las alturas inmediatas; una de ellas era el templo mayor que lo dominaba enteramente, y desde el cual eran hostilizados sin cesar los Españoles que salian a los patios o azoteas. Determinado Cortes a desalojar de el al enemigo, y atacarlo en todos sus puntos, salió con el grueso de su gente, y comisionó al capitán Juan de Escobar para que se apoderase del puesto que incomodaba al cuartel. Este templo era como todos los de Mejico, es decir una masa solida de muy grande elevacion, sobre la cual se hallaban cons-



truidas algunas capillas, y se subia a el por una escalera muy pendiente. Escobar emprendió por ella su ataque y venció sin obstaculo considerable la mayor parte de las gradas ; mas cuando se hallaba bastante avanzado, vino sobre el una lluvia de flechas y piedras de enorme magnitud, que arrastraban consigo quanto encontraban al paso. Para desalojar de los pretiles del templo al enemigo, se hizo uso de las armas de fuego ; pero a pesar de ellas y de la constancia e intrepidez de los que sostenian el ataque, no se avanzaba un paso y sus filas eran a cada momento rotas. Entonces Cortes que se hallaba no muy distante tomó la cosa por su cuenta, cargó gran parte de su gente y se apoderó de la altura. Los que no habian sabido sostenerse cuando tenian una posicion que las ventajas locales hacian inexpugnabile, fueron completamente derrotados luego que la perdieron : los unos murieron al filo de la espada y los mas perecieron precipitados de la altura. Entre estos hubo dos, que resueltos ya a morir, quisieron hacerlo prestando a su patria un señalado servicio, haciendo perecer a su principal enemigo ; para lo cual se hincaron ante Cortes que se hallaba proximo al pretil, en ademan de rendidos ; y cuando este los escuchaba, hallandose mas distraido por atender a su demanda, se abrazaron con el, lo asieron fuertemente y se precipitaron de la altura con el designio de llevarselo consigo, lo que se

habria verificado, si a costa de grandes esfuerzos no hubiese logrado desprenderse de ellos.

Tomado el templo fué inmediatamente incendiado despues de haberse trasladado al cuartel los viveres que en el habia; y Cortes, desembarazado ya de este empeño, acudió con la caballeria a lo mas recio del combate que estaba en toda su fuerza en la calle de Tacuba. Los caballos desacian en momentos quanto encontraban al paso, y la infanteria que se hallaba a retaguardia acababa la derrota que Cortes habia empezado. Mas este tuvo la indiscrecion de adelantarse demasiado y salvar muchos puentes de la calzada, dejando un grande trecho entre su persona y los que lo acompañaban, con lo cual quedó cortado por las fuerzas enemigas que le cargaron de tropel. En este apuro echó por el flanco tomando una calle que juzgó podria conducirle a la espalda de su retaguardia: a pocos pasos dió con una partida que llevaba preso a su grande amigo Andres de Duero, y entonces olvidando su riesgo personal acometió con ella e inmediatamente la hizo soltar al preso, que ayudandose con un puñal oculto en sus vestidos recobró su caballo, se unió a Cortes y ambos se abrieron paso hasta reunirse con los suyos.

El enemigo, batido en todas partes y aterrado con sus inmensas perdidas, cambió de plan despues de esta accion, y se resolvió a entretener a Cortes con

proposiciones de paz, alargando la negociacion cuanto fuese necesario para que consumidos los viveres y debilitados por el hambre los Españoles, no se hallasen en estado de resistir los ataques sobre el cuartel que se reservaban para entonces. Mas temiendo que llegasen estos a conocer lo que se tramaba, tomaron al mismo tiempo todas las precauciones posibles para impedirles la retirada, cortando los puentes, inutilizando las calles y calzadas, y apostando cerca de ellas a trechos canoas con gente armada que, atacandolos por los flancos les imposibilitasen el paso.

Cortes, que penetró los designios de sus enemigos, y se hallaba ya practicamente convencido de la imposibilidad de mantenerse en Mejico, reunió a sus capitanes, no para tratar de la retirada, pues ya este era punto que no podia ponerse en cuestion, sino para acordar el modo de verificarla. Desde luego se convino en la necesidad de salir en el mismo dia para evitar todos los obstaculos que podian impedir el paso si se diferia para mas tarde: la principal dificultad que consistia en las cortaduras, no se halló otro medio de salvarla que la construccion de un ponton capaz de trasladarse de una a otra: mayores dudas se pulsaron sobre si la salida deberia ser a la luz del dia o en las tinieblas de la noche, mas como las resoluciones eran urgentes en aquellas circunstancias, no se deliberó mucho, y se acordó fiar a la oscuridad la seguridad del ejerci-

to , sin otro fundamento que el lijerísimo de que los Mejicanos no acostumbraban pelear de noche. Esta resolución fué funesta, pues por ella quedaron privados los Españoles de las ventajas de ver venir al enemigo, conocer el terreno sobre que se peleaba y poder resistir cerrados, cosas todas inasequibles en la confusión que producen las tinieblas, y que constituían esencialmente la superioridad que tenían sobre el ejército mejicano. Para adormecer la vijilancia de los enemigos, en la misma tarde se les mandó uno de los de la servidumbre de Moctezuma que adelantase las negociaciones entabladas sobre la paz, ofreciendo que la retirada a más tardar sería dentro de ocho días. Luego que oscureció se trató de la marcha y se encargó la vanguardia a Sandoval, la retaguardia a Velasquez de Leon y a Pedro de Alvarado, y el centro con la artillería bagajes y demás artículos voluminosos, por ser de pura conducción, se lo reservó Cortes. El tesoro, separado el quinto del rey, se abandonó a los que de los soldados quisiesen aprovecharse de él, y esta indiscreción hizo que muchos pereciesen en la refriega por haber tomado más de lo que podían conducir sin perjuicio de su defensa.

Cuando todo estaba dispuesto, que fué hacia la media noche, se emprendió la marcha por la actual calle y calzada de Tacuba en el más profundo silencio. Hasta la primera cortadura no se halló el